

# Nabusímake, un viaje a donde nace el sol

RAÚL MORENO

Filósofo. Magíster en Creación Literaria, Universidad Central.

*Tomó, pues, Dios al hombre y le puso en el huerto de Edén,  
para que lo labrase y lo guardase.*

GÉNESIS 2, 15.

La noche antes del viaje a la “Tierra donde nace el sol”, Nabusímake, en lengua arhuaca, tuve un sueño que anticipó mi travesía al corazón de La Sierra Nevada de Santa Marta. En la pantalla de los sueños, me vi caminando por las líneas de una mochila arhuaca, como el personaje del padre Gabriel, que sube por entre las cataratas del río Paraná en la película *La Misión*. Días antes había leído sobre la profunda significación de los patrones geométricos presentes en las mochilas arhuacas (que expresan la cosmovisión, la cosmogonía y la cosmología de ese pueblo), con tal interés que mis lecturas se transformaron en una representación onírica. Desde la puntada inicial caminaba siguiendo un movimiento de espiral por el fondo de la mochila, y luego la espiral ascendía y yo caminaba por los laterales, hacia arriba. Y se iban presentando frente a mí la tierra, el sol, la luna y las estrellas, las montañas, los nevados, los valles, las lagunas y los ríos; y animales como la rana, el ciempiés, el caracol y pájaros de mil colores.

Según el mito, así fue como Kaku Serankwa creó el mundo y ese profundo significado es el que una y otra vez se recrea al tejer una mochila. Todo fue creado en un movimiento de caracol y, como el caracol, creado lentamente. Me vi en una enorme espiral que se hacía más grande y majestuosa a medida que yo me hacía más pequeño

en tamaño, casi como la puntada inicial, pero no me sentía ni insignificante ni abrumado ni arrastrado hacia un vórtice, como en nuestras caóticas espirales modernas, que succionan hacia la angustiante nada, hacia abajo. En un movimiento contrario, hacia arriba, crecía y crecía un sentimiento espiritual. La mochila tenía una de las 16 figuras tradicionales que representan el pensamiento arhuaco: *Urumu*, el caracol, el pensamiento originario.

Mientras estaba caminando por las espirales de *Urumu* vi a mi costado derecho una puerta abierta; entonces mis pasos me dirigieron hacia ella y entré en un recinto donde estaba un hombre ya muy viejo, de mirada sabia y tranquila, aunque ya con un dejo de tristeza. Cuando me vio, me dijo: “los hermanitos menores destruyen la vida. Nuestro mensaje ya no se escucha. Se ponen nuestras mochilas, pero no comprenden las figuras sagradas”. Entonces desperté. Estaba en mi cuarto. Prendí la lámpara. Sobre la mesa estaba *Ser y tiempo* de Heidegger y el morral de viaje yacía listo cerca de la puerta. Miré el reloj: eran las cuatro y media de la mañana.

Sabía que ya no podría conciliar el sueño, así que me levanté. Sobre la mesa del comedor estaba el periódico *El País* de España, que había conseguido donde Maglio en el puesto de venta de prensa extranjera ubicado en la carrera Séptima

con Diecisiete. Estaba abierto en el artículo sobre Nabusímake que motivó mi viaje: “El día que el cine llegó a un pueblo indígena colombiano”. Tomé el periódico y continué leyendo una vez más la nota que relataba el acontecimiento sucedido el 6 de septiembre de 2015, el lanzamiento en Nabusímake de la película *Magia Salvaje*: “Unos 500 arhuacos, habitantes de Nabusímake, en la sierra del norte del país, ven por primera vez, emocionados y entre risas, una producción cinematográfica”.

Para mí esa historia tenía algo de profano y tenebroso, tan impositivo como el mismo descubrimiento o como cuando llegaron a La Sierra Nevada los misioneros capuchinos en 1916 e intentaron imponer su religión y sus creencias gracias al sacrificio de la cultura del pueblo arhuaco. El cine para nosotros es algo maravilloso, pero, ¿acaso esto no se trataba solo de una estrategia publicitaria de los almacenes Éxito, que patrocinaron el filme, en la cual la tradición indígena quedaba únicamente como algo accesorio? ¿Un decorado extraño que no entendemos, como las mochilas que se exhiben en tiendas de modas nacionales y extranjeras, pero que están alejadas del contexto de la tradición?

Una vez que la tradición es acaparada por el mercado, el oficio de tejer también se convierte en un oficio en vía de extinción. Quise ir entonces a Nabusímake para conocer las impresiones de sus habitantes sobre la película y ver las condiciones actuales del oficio del tejido de las mochilas. Así, a las 6 a. m. fui hasta la terminal y allí tomé una flota de Coopetrán con destino a Valledupar, donde queda la Casa del Cabildo Indígena Arhuaco. En mi travesía por tierra, vi que afuera de Bogotá las condiciones son distintas: aunque se ve un paisaje maravilloso, en algunas zonas aparece también la miseria y la dejadez de lugares abandonados por el Estado.

En ese instante pensé en lo mucho que hemos contaminado lo sagrado, hasta el punto de que lo poco que han aprendido los pueblos ancestrales de nosotros, los hermanitos menores, es a ser burócratas.

Cuando llegué a Valledupar, me dirigí a la Casa del Cabildo y pensé que allí solamente debía anunciar mi llegada, no sabía que tenía que pedir permiso formal para entrar a Nabusímake, ya que desde hacía seis meses los mamos de la Sierra habían prohibido el ingreso de los hermanitos menores, expresión con la que se refieren a quienes no son de la comunidad indígena. Mientras radicaba mi carta, le pregunté a uno de los líderes de la comunidad arhuaca el motivo de la prohibición:

—Aquí venían chinos, blancos de ojos azules, mucha gente, y contaminaron el río con pila, bolsa, celular, se pusieron a hacer huecos; el Mamo se dio cuenta y mandó a cerrar la puerta.

Entregué la carta, pero me negaron el permiso. Intenté hablar con algunos indígenas que hablaban español y uno de ellos me recomendó que volviera a hacerla y que contara más de mis motivos para subir a Nabusímake. En ese instante pensé en lo mucho que hemos contaminado lo sagrado, hasta el punto de que lo poco que han aprendido los pueblos ancestrales de nosotros, los hermanitos menores, es a ser burócratas. Sin embargo, entendía sus motivos para restringir la entrada.

Insistí. Al siguiente día muy temprano llegué nuevamente a entregar otra car-

ta, pero la respuesta fue la misma. Insistí. Decidí partir a Pueblo Bello, la siguiente parada para llegar a Nabusímake. Recurrí a varios conocidos en el Cesar, quienes me pusieron en contacto con Carmelo Torres, exconcejal de Pueblo Bello, con quien me encontré en un restaurante del pueblo.

—El camino a Nabusímake no cambia desde 1750, sigue siendo un camino de herradura, aunque suben camionetas —me dijo don Carmelo.

Y es que lo único que ha cambiado desde 1750 es el nombre del pueblo, pues fue don Fernando Mier y Guerra, el oficial del imperio español que llevó la cruz en forma de espada con la pretensión de enseñar la verdad y la luz, quien bautizó el lugar como San Sebastián de Rábago, en honor del día del santo del español.

—Las luchas no han sido fáciles —me decía don Carmelo—. Finalmente, los indígenas pudieron recuperar el nombre de Nabusímake. Pero déjeme decirle que no solo los españoles han querido quitarles a los indígenas sus cosas, sino también el mismo gobierno nacional.

Cuando terminábamos de almorzar, llegó al restaurante Álvaro Torres; don Carmelo lo había llamado. Álvaro hace parte de la comunidad arhuaca y es el dueño de una de las tres camionetas que suben todos los días a Nabusímake. Me dijo que la situación era difícil, pero que hablaría con el Mamo, que le escribiera en un papel por qué quería entrar. En esos segundos de reflexión que me fueron otorgados, lo único que se me ocurrió escribir fue: “Respetado Mamo: quiero ir a Nabusímake para poder escuchar sus ríos, mirar cómo se tejen las mochilas en sus casas y conocer el lugar donde los hermanitos menores proyectaron la película *Magia Salvaje*”. Luego vi que el señor Álvaro se alejaba en su camioneta color azul cielo con mi mensaje para el Mamo.

—Usted parece sincero, le darán el permiso para entrar —me dijo don Carmelo y se despidió con un fuerte apretón de manos, no sin antes indicarme dónde me podía hospedar.

Dejé mi equipaje en el hotel y salí a recorrer el pueblo. Me sorprendió encontrarme con lo que parecía una copia de Nabusímake: un proyecto turístico de la región, que de forma falsificada imitaba los techos de paja, muros blancos y bases de piedra de las casas de la ciudad indígena. No tenía historia; todo era un lindo decorado. Las lámparas de techo de los pasillos relucientes tenían la forma del sombrero o *tocsuma* que utilizan los arhuacos. Colgaban en el aire, vacíos, despojados de la significación que tiene esa prenda de vestir para los indígenas y que llevan los hombres en su cabeza. Cuando el proyecto esté funcionando algún turista dirá: “Ah, ese es el sombrero, ese que utilizan en la cabeza”, y no sabrán ni siquiera que representan a los nevados y que..., claro, todo es vivo, en la tradición todo es vivo.

De repente sentí que alguien me tocaba el hombro y rápidamente giré.

—Plata, plata —me decía un indígena vestido con su atuendo tradicional, quien con el dedo índice de una mano señalaba la palma de la otra y luego se llevaba las manos al rostro, como si tuviera una cámara fotográfica, y agachaba el dedo índice como si oprimiera un obturador. Caí en cuenta de que llevaba la cámara fotográfica en mi cuello y él me ofrecía posar para una foto a cambio de dinero.

—¿Habla español?

—Plata, plata —me repetía con el mismo movimiento y una sonrisa que parecía de autómeta.

Saqué unas monedas que tenía en el bolsillo para que se alejara. Quedé inmóvil al lado del falso Nabusímake y vi alejarse al indígena, también ya falso como una corona de hojalata. ¿A dónde los hemos llevado?



—Mi mirada se clavó en el suelo, aún se podían sentir los pasos del señor Fernando Mier y su tropa por estos caminos de barro, que tantos estragos causaron en el mundo indígena. Me sacó de mi estupor una gota que cayó sobre mi cabeza; era el inicio de un fuerte aguacero, que me obligó a buscar refugio en una de las humildes casas que estaban en el camino, un kilómetro más adelante del falso Nabusímake.

—Buenas tardes —dije.

Se dirigió hacia mí una indígena con su vestido blanco y un colorido collar.

—¿Será que puedo resguardarme de la lluvia mientras pasa el aguacero?

—Siga, no hay problema —respondió.

Vi a tres mujeres sentadas en una sala tejiendo y varias mochilas colgadas en la pared.

—¿Funciona aquí algo especial?

—Hacemos mochilas.

—¿Para la venta?

—Sí.

—¿Las mujeres tienen un horario?

—No es un horario, pero se intenta que sea regular.

—¿Usted es de la comunidad arhuaca?

—Sí.

—¿Y cómo ve que vendan las mochilas, algo que tiene tanta significación para su pueblo?

—Bueno, antes no las vendíamos, era como vender nuestra historia. Pero también son una ayuda económica para las familias y podemos difundir algo de nosotros para el mundo.

—¿A quiénes se las venden?

—A turistas y a tiendas de artesanías en Bogotá y Valledupar.

—¿Tejen las figuras tradicionales?

—Sí, pero también hay unos diseños que han cambiado, que se modifican. Pueden ser más simples y más coloridos.

—¿Y ese cambio no significa un cambio en el pensamiento?

—En nuestra comunidad intentamos conservar nuestra tradición, pero hay algunas cosas que nos piden más que otras y aquí las hacemos.

—¿Si les dieran máquinas para hacer más mochilas en menos tiempo, las aceptarían?

—No, no sería posible; ya sería mucho. Nuestro trabajo es a mano, y mientras vamos tejiendo vamos hablando; las máquinas no dejan hablar.

—Yo voy para Nabusímake.

—Buen viaje. Allá podrá ver a las mujeres tejiendo en sus casas, como es la tradición.

Vino la noche con sus estrellas y yo seguía esperando la autorización para entrar a Nabusímake, la tierra donde nace el sol. Mientras me preparaba para dormir en la pequeña habitación del hotel de Pueblo Bello, pensaba en aquella especie de “fábrica” de mochilas. En aquel lugar hacían mochilas para la venta y, aunque conservaban ciertas cosas de la tradición, este proceso ya implicaba un alejamiento de los elementos rituales que guarda su elaboración.

A las 6 a. m. del día siguiente sonó mi teléfono, era don Álvaro que me decía que me preparara pues fue autorizado mi ingreso. El señor Torres lleva once años subiendo todos los días la montaña y regresando por la tarde; una especie de Sísifo contemporáneo que no descansa desde que se levanta. Me recogió a las 8 a. m. en el hotel. Compré dos botellas de agua antes de salir del pueblo, me subí a la camioneta y a los pocos kilómetros empecé a darme cuenta de que la descripción de la carretera hecha por Carmelo se había quedado corta. El camino no llegaba a nivel de trocha y era tan escarpado como subir por la mitad de una quebrada. Durante más de dos horas, uno siente que se va meciendo entre la vida y la muerte, entre el barranco y el abismo; me sentía subiendo al cielo mientras mis riñones sufrían.

Así como los españoles levantaban iglesias en la punta de los cerros para mostrar el poderío de la cruz, el gobierno había puesto esas estructuras invasoras de acero, que rompían la magia del paisaje natural, para mostrar el poderío del poder.

Me acompañaron tres indígenas arhuacos, quienes iban en el asiento trasero de la camioneta. Mientras uno de ellos dormía, a pesar de los fuertes movimientos, comencé a hablar con el otro compañero de camino. Su nombre era José Salvati y me contó que estaba estudiando para ser Mamo. Le dije lo que había visto del proyecto turístico en Pueblo Bello.

—Primero los españoles, luego los cachuchinos y luego el ecoturismo —intervino Álvaro—. Uno no sabe cuál es peor. Estos sombreros que usamos nosotros, los que me dice que allá eran lámparas que colgaban del techo, son para nosotros como los nevados. Para nosotros La Sierra es como un cuerpo humano. Los nevados son la cabeza, las lagunas el corazón, los ríos y las quebradas son las venas y la tierra son los músculos de ese cuerpo.

—Las mochilas también representan la vida, son como el útero en el que nos gestamos —dijo Salvati.

La polvareda se levantaba en el camino y por momentos nos tapaba la vista al cielo pero, en medio del polvo y del paisaje montañoso, alcanzamos a divisar un monte que me señaló Álvaro con su mano, como si

quisiera darle un golpe a esa montaña. En lo más alto había varias torres de comunicación con platos receptores de señal. Así como los españoles levantaban iglesias en la punta de los cerros para mostrar el poderío de la cruz, el gobierno había puesto esas estructuras invasoras de acero, que rompían la magia del paisaje natural, para mostrar el poderío del poder. Acero-metal-verde. Se alzaban como un estandarte de la tecnología y se mantenían extrañas en medio del verde natural y sagrado.

—Ese cerro es de la comunidad, *Inarwa Tuma*, uno de los lugares sagrados; pero el Estado no lo entendió y puso ahí al Ejército y esas antenas.

Se trataba del Cerro El Alguacil. Allí el Ejército instaló antenas de comunicación dos años después de que triunfara la revolución cubana, en el año 1962, como un mecanismo de espionaje contra simpatizantes de la ideología comunista. Hoy, en convenio con el Ejército también se encuentran antenas repetidoras que transmiten la señal de televisión para la Costa atlántica colombiana. Lo que para los arhuacos significaba una conexión con lo sagrado, pasó a ser conexión de ondas aplicadas mediante la física al espionaje y a la difusión de la televisión.

—¿Ha escuchado de Escalona, el cantante de vallenatos? —me preguntó Álvaro.

—Sí, claro —contesté.

—Pues él sirvió como testigo de la escritura en la que el municipio de Valledupar le entregaba el cerro al Ejército. Pasaron por encima de una ley que protegía la línea negra, nuestro territorio sagrado. La Corte Constitucional ha dicho que lo que hicieron fue ilegal, pero no nos lo han devuelto. La camioneta se detuvo y el motor se apagó. No sé si era el cansancio, pero el silencio solo fue interrumpido por una fuerte brisa que invadió el momento.

—Esta es la puerta de entrada a Nabusímake —añadió Álvaro.

La puerta: uno se imaginaría encontrar dos grandes hojas de madera como en una finca, pero lo que se presentaba ante mi vista era una cerca ajustada con un candado marca Yale. La verdad es que esa puerta ni siquiera debería existir físicamente, pues las entradas a los sitios sagrados no tienen candados ni tampoco están cerrados. Hemos sido los hermanitos menores quienes los hemos obligado a ponerlas.

Esperamos unos minutos mientras el vigía verificaba mi permiso para entrar y nos abrió la puerta. El agotamiento del viaje ya no se sentía, la tranquilidad del lugar se percibía en el eco diáfano de los pájaros y en mi teléfono celular, que indicaba que ya no tenía señal. Estaba desconectado de la tecnología. Bajé las cosas de la camioneta y caminé hasta pasar la puerta. He cruzado una frontera; esto ya no es Colombia. He ingresado a un territorio en el que lo único que me piden es que respete los ríos y los árboles. Empecé a entender por qué nos dicen “hermanitos menores”; quizá, porque solo a los niños se les debe explicar que hay que cuidar el mundo.

Me conmovió el sentido de resistencia que perdura en Nabusímake. Lo que veo aquí es otra cosa, aquí está la resistencia. La misma resistencia de la araña, que teje una y otra vez su telaraña, si algo la destruye; como esas mujeres, con sus madejas y agujas, en la paciente labor de recordar la creación y la cosmogonía de su pueblo.

Alguien puso una mano en mi hombro. Me di vuelta y Álvaro me presentó a William, quien sería mi traductor.

—¡Hermano! —le dije mientras le estrechaba la mano.

—¿Qué tal el camino?

—En carro, nada que mis riñones no puedan soportar.

—Siga por acá.

—Un momento, William. Quisiera hablar con aquella mujer que está tejiendo.

Esta era una mujer embarazada, de cabello largo y negro, que tejía una mochila. Sus manos eran hábiles y casi no necesitaba mirar el tejido para ver la puntada. La acompañaba un hombre, tal vez fuera su esposo, quien llevaba un poporo en su mano y estaba mambeando. Los dos parecían muy concentrados en su momento, a tal punto que casi no habían notado nuestra presencia. Nos acercamos y William tradujo nuestra conversación.

—Es *Sariwuwu* —dijo la mujer—. Las mujeres tejemos esta mochila mientras estamos en el embarazo. Cada mes es otro círculo que se teje, yo ya voy a completar nueve meses, así que ya casi está terminada. Cuando esté lista, la entregaremos al Mamo, como es la tradición, para que él haga ritos sagrados en beneficio de este niño que viene al mundo.

La mochila para los arhuacos no es un simple utensilio, es su pensamiento mismo. Todo inicia con la gestación del mundo. ¿Dónde aprendieron geometría? No fue en el colegio. Su geometría, cargada de significados, se enseña de generación en generación, en el quehacer mismo y no a través de fórmulas matemáticas. Tienen 16 figuras tradicionales para sus mochilas, con patrones establecidos, como *Urumu* (el caracol) o *Sariwuwu* (meses del embarazo). Líneas y curvas con valor simbólico.

Mientras recorríamos las calles empedradas de Nabusímake, le comenté a William que había visto una mochila *Sariwuwu* en la página web de Artesanos de Colombia por un valor de 65 dólares.

—En Pueblo Bello se hacen también para la venta —me dijo William—, pero esas no se tejen en nueve meses, esas no se llevan a los Mamos. ¿Cuánto es 65 dólares?

—195 000 pesos.

—Aquí se las compran por mucho menos, además.

Mientras experimentaba el silencio de Nabusímake, la casi total ausencia de tecnología y la paciente labor del tejido de las mochilas, pasaron por mi cabeza las imágenes a 24 cuadros por segundo de la película. Pienso en cómo los arhuacos debieron haber sentido la velocidad, el vértigo, el sonido dolby que rompe el silencio con la música que acompañaba las imágenes de lugares desconocidos para ellos, pero que tenían en común la majestuosa naturaleza que muy bien conocen.

—William, ¿en dónde fue la proyección de *Magia Salvaje*?

—¿Qué proyección? — me mira extrañado— Ah... La pantalla se puso allí — me mostró la pared lateral de la cárcel.

¿La cárcel?, pienso, ¿acaso nosotros pretendíamos ponerlos presos en nuestro mundo de imágenes de celuloide?

—¿Y cómo fue ese momento?

—Todos guardamos silencio mientras pasaba la película.

—¿Por qué el silencio?

—Porque lo que hacen ustedes también es de respeto, además lo que estaba al frente era la naturaleza.

Para ellos lo salvaje no es mágico, es sagrado. En cambio, para nosotros la magia hace parte del espectáculo. Reconocían que el cine merece ser respetado; a diferencia de nosotros, que llegamos con nuestro ruido a un sitio donde se debe hacer silencio.

Pasaban otros dos indígenas y le solicité a William que les hiciera la misma pregunta. Luego a otras dos mujeres y luego a un niño. La respuesta fue la misma:

—¿Qué película? Ah, ya lo había olvidado.

Hecho inexplicable: habían olvidado el acontecimiento y apenas con dificultad lo recordaban. Sentí alivio de que nuestra tecnología, con cables y circuitos no les hubiera causado tanta impresión.

—Yo he visto atardeceres más bonitos que los de la película —dijo un anciano que nunca había salido de La Sierra.

La naturaleza de la pantalla no podía asombrarlos más que la que ellos veían siempre... siempre... así quisieran ellos que fuera... Dado que tienen la oportunidad de verla directamente y hasta tocarla, las imágenes proyectadas, incluso las más nítidas, no los asombraban. El cine no tiene razón de ser en el paraíso; es más bien uno de los refugios para quienes hemos sido expulsados de este. Es nuestro *Cinema paradiso*.

Caminábamos cerca de la Casa del Cabildo cuando William se retiró un momento de mi lado y luego volvió.

—Señor, el Mamo mayor y el Concejo arhuaco quieren hablar con usted.

Entramos. Había unas treinta personas, todos hombres, en silencio y mambeando. Sobresalía entre todos, por su solemnidad, un abuelo de 90 años, que era el Mamo. Me saludó y dijo algo en arhuaco que William me tradujo:

—Ustedes los hermanitos menores tienen que aprender a cuidar la naturaleza, porque los arhuacos se están extinguiendo y no la van a poder cuidar más.

Era una sentencia. Para mí estaba llena de desesperanza y, sin embargo, su mismo ser y forma de vida eran formas de resistencia.

—Permitimos la película porque teníamos esperanza de que nuestro mensaje llegara a más gente.

Ahora entiendo por qué dieron el permiso para proyectar *Magia salvaje*. Ellos

tampoco pretenden aislarse, pues el mensaje no es solo para su comunidad, sino para el mundo entero.

El Mamo compartió hojas de coca con algunos de los presentes, se despidió y luego se marchó por entre las casas.

Mi visita había terminado. Álvaro me estaba esperando para regresarme a Pueblo Bello. Pero no quería irme sin una mochila arhuaca. Le pregunté a William y él me llevó a la casa de una mujer que había terminado de hacer una mochila: *Urumu*, El Caracol, el diseño con mayor complejidad simbólica, por ser la representación del origen del mundo y el universo. La misma mochila con la que me había soñado antes del viaje. *Urumu* no puede hacerla una máquina, no puede. Tampoco las otras figuras, porque el tejido está unido a la vida misma.

Si se extinguen los arhuacos, se extinguen sus tejidos. Y el Mamo había dicho: “los arhuacos se están extinguiendo”, “cuiden la naturaleza”.

Me despedí de William, me subí a la camioneta destartalada y comenzamos a descender. Mientras nos alejábamos de la ciudad donde nace el sol, luego de haber recorrido sus calles y conocido su historia, me sentía transformado, pero también entristecido por las palabras del Mamo. Tal vez él también haya visto que el monstruo está muy grande y que lo único que queda por hacer —heroico por el valor que requiere— es resistir. Sobre mis hombros, tejida, tenía una muestra de esa resistencia. ■■